



LA ESCOLANÍA Y
EL MISTERIO
DEL SOLISTA

Jesús Martínez Medina

LA ESCOLANÍA Y
EL MISTERIO
DEL SOLISTA



Primera edición: octubre de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Jesús Martínez Medina

ISBN: 978-84-19899-70-5

ISBN digital: 978-84-19899-71-2

Depósito legal: M-29122-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mi madre,
sin ella no habría existido esta historia*

El frío silencio nocturno estrechaba la escolanía con brazos protectores. El dormitorio común permanecía en penumbra. La luz de la luna proyectaba en el suelo una retorcida imagen de los ventanales con parteluces. Un ladrido timorato resonó entre los gélidos muros de piedra hasta alcanzar el oído de un niño. Dormido, se removió en la litera y provocó un desagradable rechinado de muelles. Un segundo ladrido terminó por despertarlo.

Dos siluetas se escondían al amparo de la noche. La una desconocía la presencia de la otra. Ambas, sin embargo, contemplaban al mismo niño.

*

El tañido metálico de ocho campanadas marcaba el inicio de la jornada. En este momento, los escolanos solían adoptar mayoritariamente dos posturas: bien acurrucarse en la cama cual avestruz que no desea saber nada del mundo, bien incorporarse perezosamente como si sobre ellos recayera el peso del mundo. Adormilados, desfilaban hacia las duchas arrastrando los pies con

desgana. Solo los más hábiles lograban llegar los primeros y disfrutar de una ducha descortésmente larga, dejando que sus otros compañeros se vieran obligados a salir medio enjabonados en un intento por llegar puntuales a la santa misa presidida por el director, para quien llegar tarde no era una opción.

Protestas, bostezos y toda clase de comentarios quejumbrosos se podían escuchar durante la rutina matutina. Jorge, el novicio responsable de los escolanos, solía hacer acto de presencia sobre esa hora, tratando de imponer su voz y dirigir aquel rebaño de ovejas indomesticables.

Con su llegada, el frenesí aumentaba directamente con el paso del tiempo, hasta el punto de que no era extraño que varios chavales chocaran entre sí en una de las múltiples carreras que entre baño y habitación se desarrollaban.

El silencio de la capilla recibió al heterogéneo grupo de escolanos: unos con el pelo aún empapado, otros con los pelos alborotados, la camisa por fuera del pantalón, la corbata torcida... Un murmullo con el que se avisaban entre ellos de sus faltas se silenció tan pronto apareció don Carmelo con las manos juntas delante del pecho dispuesto a officiar la santa misa. Alzó la mirada y, arqueando una ceja, escrutó la nave central con detenimiento. Los chavales, agitados por su mirada, se afanaban en alisar sus prendas de vestir y terminar de adecentarse. Pero no era aquello lo que había captado la atención de don Carmelo.

—¿Y Benjamín?

Aquellas dos únicas palabras desencadenaron un torrente de murmullos nerviosos acompañado de un revuelo cuyo epicentro se encontraba en el segundo banco. No había consenso en las atropelladas e ininteligibles respuestas que ofrecían los escolanos, claramente desconcertados.

El cántico de entrada, recién iniciado por don Carmelo desde el presbiterio, puso paulatinamente fin a toda aquella algarabía hasta alcanzar un silencio perfecto sobre el que resonó el introito.

Nada más concluir el oficio, el grupo de escolanos abandonó el templo con un decoro tan frágil que, nada más cruzar el umbral de salida, se rompió en mil pedazos. Echaron a andar en tropel y a grandes zancadas hacia el comedor, ansiosos por dar buena cuenta del desayuno que sor Patricia les había preparado. De hecho, el olor a pan recién horneado se colaba por los pasillos de la escolanía y los conducía inequívocamente hasta el refectorio.

Aprovechando aquel desconcierto, tres escolanos optaron por escabullirse y regresar al dormitorio común a riesgo de ser pillados en su infracción de las normas de la escolanía.

—Su cama es la única que aún está deshecha...

—... Yo no lo vi esta mañana en la ducha...

—... No logro recordarlo. ¿Jaime?

—Esto... Yo por la mañana no lo he visto.

—Y ¿anoche? Volvisteis a pelearos. —El tono de Julián era incriminatorio.

—Es posible, pero ¿qué estás insinuando? Que la última vez que nos peleáramos decidiera fugarse no quiere decir que lo de hoy sea lo mismo. Seguro que es una broma de mal gusto. Ni que no supieras cómo es Benjamín...

—A lo mejor, el que no lo sabe eres tú... —respondió Julián.

—Basta, dejadlo ya. Es inútil. Lo único que sabemos por el momento es que Benjamín no está. Basándonos en los hechos, podemos intuir que esté cabreado y haya decidido perderse un rato como en anteriores ocasiones. Pero no por ello tenemos que sacar conclusiones precipitadas o señalar a nadie como culpable, ¿no os parece? —Pablo, una vez más, hizo gala de su mejor virtud: la templanza.

Jaime y Julián asintieron no demasiado convencidos con su argumento. Tras dedicar un último vistazo a la cama de Benjamín, salieron pensativos de la habitación.

*

Una vez en el refectorio, los tres escolanos se sentaron bajo la atenta mirada de don Carmelo y Joaquín, que desayunaban en la mesa de profesores junto a sor Patricia y Alberto. Para quien tampoco pasó desapercibida su llegada fue para Jorge, que enseguida se aproximó.

—Quien llega tarde ni oye misa, ni come carne —les recriminó así su retraso—. No perderé el tiempo preguntándoos dónde estabais, pero será mejor que no vuelva a ocurrir. —Miró a la mesa de los profesores, dando a entender la gravedad del asunto.

Su tono no fue severo, pero los tres amigos comprendieron que hablaba con seriedad. Normalmente, Jorge era benévolo, y lo que podía convertirse en faltas graves usualmente quedaba en simples llamadas de atención por su parte. Gozaba de ese magnífico don que es la asertividad.

Tras el desayuno, cierto caos se volvió a instalar en los pasillos de la escolanía. Era entonces cuando novicios y escolanos se escindían en dos grupos claramente diferenciados por sus edades y planes de estudio.

Con paso ágil, puesto que los horarios estaban pensados para que no hubiera demasiado tiempo libre, los escolanos se encaminaron hacia el edificio de la escuela que quedaba separado del central apenas unos metros.

—¡Mirad! —Señaló Julián, parándose en medio del claustro.

—¿Qué? —contestó Jaime como un resorte.

—Ahí... Esas huellas en el patio.

Los primeros rayos del sol habían derretido la fina capa de nieve caída por la noche, pero allí, en la esquina este del patio, donde aún no habían penetrado sus rayos, se podía observar un batiburrillo de huellas.

—¿Creéis que... —Pablo guardó silencio, como si intentara medir las palabras que estaba a punto de pronunciar—... creéis que pueden ser huellas de Benjamín?

—Imposible saberlo —volvió a contestar rápidamente Jaime.

—¡Lo son! —aseveró Julián, recreándose en la mirada de asombro que le dirigieron sus colegas. Dilatando aquel momento de vanagloria, decidió finalmente explicarse—: Fijaos en la forma de la huella. Benjamín es el único que tiene permitido caminar con zapatos castellanos. —Las miradas de asombro que le dirigían lo obligaron a profundizar en el tema—. Los zapatos castellanos cuentan con una pequeña cuña, y, como veréis, la huella está dividida en dos partes: una muy prensada en la punta y en el tacón, y otra, a la altura del puente del pie apenas sin apelmazar.

—¿Y qué hay de Alberto o Joaquín o incluso don Carmelo? También podrían ser de ellos...

Un golpe seco le hizo detener su argumento.

—Por eso no puede ser de ninguno de los adultos —respondió Julián que acababa de dar un pisotón en la nieve dejando grabada su huella junto a las existentes—. Benjamín y yo calzamos el mismo número, y he ahí que puedes ver que el tamaño es idéntico... Además, entre los alumnos, solo al solista se le hace entrega de unos zapatos castellanos: nadie más en la escolanía puede llevarlos, solo tenéis que mirar los vuestros.

»Es más —continuó, disfrutando con toda aquella explicación—, si os volvéis a fijar en la huella, en la punta no es liso el dibujo, sino que podéis observar que la nieve ha cogido cierta forma: la del escudo de la escolanía. Los zapatos de Benjamín estoy hartos de verlos desde la parte de debajo de la litera y os puedo asegurar que en su puntera tienen las inscripciones de esta orden monástica.

—Pero ¿y qué hay de esas otras huellas? —la voz lejana de Pablo los cogió de improviso.

Se acercaron hasta donde Pablo se había situado en el patio. Allí, señalaba otras huellas de distinto tamaño y forma entre sí. Con el calor del rubio, habían comenzado a difuminarse dificultando su inspección.

Ninguno de los tres tuvo tiempo de añadir nada al respecto. El repicar de las campanas los sacó de sus conjeturas y los obligó a ponerse en movimiento. No querían llegar tarde a clase. La puntualidad era uno de los pilares de la escolanía.

*

Alberto, italiano de nacimiento, se encargaba de impartir las clases que cualquier otro niño de su edad hubiera recibido en el colegio: Matemáticas, Lengua, Literatura, Inglés... Todo, a excepción de Religión y Educación Física, en la que, probablemente, «solo sabría enseñarnos a rodar», comentaban en la escolanía, chanceándose del voluminoso tamaño que tenía el profesor.

Para las clases de Educación Física, venía tres veces por semana el profesor adjunto llamado Roberto, al que se le conocía por distintos apodosos en función del curso, en lo que sí estaban de acuerdo todos los alumnos era en la paupérrima calidad de sus clases. Nada tenían que ver con las clases de Religión de don Carmelo, pulcramente organizadas e instructivas.

Por último, para toda la formación musical —segundo pilar básico de la escolanía—, tenían a Joaquín, quien

cada curso se jactaba presentándose como la flor y nata de la comunidad musical.

La clase de Lengua de primera hora con el señor Alberto fue interrumpida por don Carmelo, quien, a pesar de haber entrado con discreción, no pasó desapercibido por los alumnos que, siguiendo las normas de educación, se levantaron para honrar la presencia del adulto.

—Siéntense, por favor —pronunció, acompañando sus palabras con movimientos delicados de su mano—. Disculpe la interrupción, Alberto, me gustaría hablar con Jaime.

Mientras los alumnos se sentaban, aprovechando para alborotar un poco y despertar, así, la ira italiana de Alberto, Jaime salió escoltado por la mirada de sus dos amigos.

No fue hasta la hora de la comida cuando Jaime volvió a dar señales de vida. Tan pronto se sentó a la mesa, sus compañeros lo asediaron a preguntas.

—Simplemente, me preguntó cuándo había visto a Benjamín por última vez, si sabía algo que quisiera contarle, si nos habíamos vuelto a pelear...

—Sí, pero eso no os lleva casi tres horas —respondió Julián mientras se metía un buen trozo de pollo en la boca.

—Claro que no, pero después estuvimos recorriendo el perímetro de la escolanía para ver si le encontrábamos como pasó la última vez. —Todos lo miraron con ojos expectantes ávidos por una respuesta que no llegó hasta que se tragó el bocado—. No, desgraciadamente, no

hemos encontrado nada. Esta vez no estaba refugiado en el molino.

Callaron y dejaron que el ruido del refectorio se acoplara en sus oídos. La preocupación fue germinando en su interior.

*

—Julián, despierta.

Abrió los ojos para descubrir con sorpresa a Pablo, que le zarandeaba cada vez con mayor intensidad.

—¿Qué... qué haces? —preguntó adormilado mientras abría y cerraba los ojos, intentando despejarse.

—Chist, calla, o despertarás a todos. Levanta, voy a avisar a Jaime.

Antes de que pudiera replicar, se deslizó en silencio por el cuarto hasta la cama de Jaime, quien también permanecía profundamente dormido. Se mostró igual de sorprendido cuando Pablo lo despertó.

Reunidos en el pasillo fuera del dormitorio, volvieron a hablar en susurros.

—¿Qué pretendes? ¿Qué te ha dado para sacarnos de la cama a estas horas? —masculló Jaime mientras se debatía por mantener los ojos abiertos, presa del cansancio.

—He estado pensado —contestó Pablo, que parecía demasiado espabilado como para acabar de levantarse— que la situación es sumamente misteriosa. Benjamín lleva desaparecido casi un día, y..., poco se ha hecho por encontrarlo. —Enarcó una ceja, subrayando sus preocupaciones.

—Bueno..., yo ayer lo busqué con don Carmelo...

—¿Y ya está? ¿Asunto resuelto? —interrumpió Pablo con altanería.

—Hombre, supongo que los profesores habrán tomado cartas en el asunto —apostilló Jaime.

—Supongo —concedió Pablo con un tono dubitativo. Guardó silencio unos instantes—. Pero..., no sé, Benjamín era un solista bastante aclamado.

—«Es» un solista bastante aclamado. Por favor, Pablo, por lo que más quieras, no hables de él en pasado, me da mal rollo. —Jaime fingió un escalofrío.

Pablo continuó:

—Es posible que alguien tuviera malas intenciones y quisiera deshacerse de él —Julián y Jaime lo miraron boquiabiertos—. Intereses ocultos... Acordaros de que nos jugamos mucho en el concierto de Navidad, si perdemos a nuestro mejor solista, sería una clara ventaja para el resto de las escolanías...

El día de Navidad, era tradición celebrar en todas las escolanías del territorio un concierto al que asistían, además de un representante del más aclamado conservatorio superior de música, un periodista representante de *La Gaceta Sonora*, el periódico más prestigioso en el ámbito musical, que dedicaba todo un número a la reseña de los conciertos. Su impacto era de ámbito nacional.

—¿Insinúas que alguien lo ha raptado?, ¿que lo tienen secuestrado? —Lo que pretendía ser un tono interrogativo se percibió más bien como puro escepticismo.

Pablo inspiró profundamente antes de contestar:

—No podemos descartar nada...

—Algo sí podemos descartar —interrumpió Jaime—. Roberto es imposible que tenga algo que ver, no viene más que para darnos Educación Física, y eso no será hasta mañana. Para cuando, por cierto, estaré muerto de sueño porque tú te has empeñado en sacarme de la cama. —Su dedo acusador señalaba a Pablo con movimientos espasmódicos.

Julián rio por lo bajo.

—Quería comprobar una cosa y me pareció adecuado avisaros. —Pablo trató de justificarse.

Jaime se encogió de hombros, dando carta blanca a su amigo. Pablo los guio entonces por los fríos pasillos de la escolanía con un ímpetu algo desmedido.

El silencio era perfecto y total. El silencio ejercía un dominio despótico sobre la noche.

Cruzaron el rellano del que nacía una escalinata de piedra; frente a ella, el portón de madera. Aquel zaguán servía de unión para las dos construcciones en forma de U que constituían el edificio central. La fuente del patio desafiaba el silencio con su borboteo cansino.

—¿Acaso crees que Benjamín se esconde detrás de alguno de estos libros? —comentó Jaime cuando entraron en la biblioteca—. Tú tienes una adicción con lo de la biblioteca, porque esto de despertarse en mitad de la noche para venir aquí...

—Callad y ayudadme a buscar un libro de lomo granate en... —dudó un momento mientras miraba a su alrededor —aquella estantería, la número tres.

—No entiendo en qué nos va a ayudar un libro en todo esto... —siguió protestando Jaime.

Haciendo caso omiso de sus comentarios, los tres se pusieron manos a la obra. No tardaron mucho en encontrar lo que buscaban.

—Exacto. —Pablo recogió el libro que Julián le tendía—. Lo descubrí hará unas semanas, cuando estaba en la biblioteca haciendo un trabajo de Historia...

—Normal, con todo el tiempo que pasas en la biblioteca, lo raro es que no descubrieras algo... Cualquiera diría que es tu segunda residencia.

»¿Sí, dígame? —comenzó a teatralizar Jaime, poniendo su mano junto a la oreja como si fuese un terminal.

—Preguntaba por Pablo... —Julián le siguió incondicionalmente la corriente.

—Uy, lo lamento, está en su segunda residencia.

—¿Segunda residencia?

—Sí, sí, la biblioteca.

Se rieron descaradamente mientras Pablo los miraba con la cara desencajada y sus brazos en jarras.

—Chitón. Dejaos de tonterías, anda. Y bajad la voz. Si lo sé, no os despierto, cualquiera diría que la noche os afecta. Para mal, claramente.

»Mirad, este volumen contiene los planos del monasterio en las distintas fases de construcción por las que ha pasado. Reúne básicamente toda la historia de reformas desde el año 500 hasta la última, hará unos veinte años.

—Ahora entiendo por qué es tan gordo...

—Si comparamos cada uno de los planos —continuó sin prestar atención a su comentario—, podemos evidenciar la existencia de numerosos cambios con el paso del tiempo. —Lo miraban con ojos desconcertados—. Por ejemplo, en el pasillo norte del claustro por el que acabamos de transitar, debería existir una dependencia que, sin embargo, sirvió para ampliar la biblioteca hará unos doscientos años.

Sus compañeros permanecían ojipláticos.

—Y todo esto nos sirve para... —Julián lo miraba a la vez que hacía un gesto con sus manos, invitándolo a que continuara explicando.

—Está claro: para presumir de que su segunda residencia es ahora más grande...

Antes de que Jaime pudiese terminar su gracia, Julián le tapaba la boca mientras le hacía un gesto de que se callara. Pablo, sin entender qué ocurría, abrió los ojos tanto como físicamente pudo, demandando una explicación para aquella escena que le había dejado mudo. Julián movió sus ojos reiteradas veces hacia la derecha a la vez que inclinaba su cabeza en esa dirección, con sacudidas totalmente desproporcionadas que bien podrían haberse interpretado como si sufriera algún tipo de ataque.

Asomándose por un hueco de la estantería, Pablo distinguió la figura de sor Patricia que, en aquel momento, cruzaba el patio.

—Debemos irnos, es demasiado arriesgado quedarse aquí por más tiempo.

Sor Patricia se detuvo un instante, como alertada por sus voces. Tocó el agua de la fuente con desinterés y

desapareció del escaso campo de visión que les ofrecía la puerta de la biblioteca.

Permanecieron inmóviles unos minutos más, al cobijo de las estanterías, temerosos de que sor Patricia regresara en cualquier momento. Iniciaron su retirada tan pronto se atrevieron a moverse.

Para cuando llegaron al dormitorio común, el cielo comenzaba a clarear.